

# La Costa del Sol y sus espacios naturales

Por **JULIO CARRALERO BENÍTEZ**

BIÓLOGO Y MIEMBRO DE SEO/BIRDLIFE

16/09/2003

FELIZMENTE, en los últimos años estamos asistiendo a un esperanzador proceso de cambio, auspiciado por las Naciones Unidas y la Unión Europea. Me estoy refiriendo a una nueva forma de diseñar nuestro futuro que se caracteriza por dos principios básicos: desarrollo sostenible y participación ciudadana. Así, en Málaga tenemos un buen exponente de ello en la Agenda 21 Provincial y en Madeca 10, que están realizando notables progresos en este sentido. Otro ejemplo, a nivel autonómico, es el recientemente firmado Pacto por la Defensa del Litoral, que busca consensuar un modelo de desarrollo sostenible para la franja costera. Su interés se ve acrecentado al ser un destacado argumento para el importante debate que en la prensa local se ha estado manteniendo en los últimos meses acerca del desarrollo urbanístico de nuestra Costa del Sol y que tiene como telón de fondo la nueva Ley de Ordenación Urbana de Andalucía.

Si bien este intercambio de opiniones ha sido muy fructífero, he echado en falta un aspecto, a mi juicio, de gran trascendencia. Se trata de la conservación de los espacios naturales de nuestro litoral y su entorno.

El concepto de sostenibilidad nos va resultando cada vez más familiar y su uso está extendiéndose entre los agentes públicos y privados. Pienso que ello se debe, de un lado, a que su significado es éticamente justo, lógicamente claro y políticamente inevitable y, de otro, a que se encuadra en una fuerte corriente de pensamiento a nivel mundial y, particularmente, europeo.

Esta idea nos dice que si no planificamos cuidadosamente nuestro progreso respetando los recursos que poseemos, conseguiremos lo contrario de lo que buscamos, al perjudicar al medio ambiente del que depende nuestra calidad de vida. Por eso debemos calcular las posibilidades de crecimiento que soportarían nuestro territorio y sus habitantes, no solamente humanos, sino, no los olvidemos, también animales y vegetales.

Evidentemente, hasta ahora esto no se ha hecho en la Costa del Sol, un territorio excesivamente transformado por sus planificadores y promotores, que durante décadas la han mirado con el solo objetivo de urbanizarla, como si este fuera el único bueno y posible. Por eso han considerado a los espacios silvestres como lugares inútiles e improductivos, al pensar que no podían ser habitados ni eran un buen negocio y por eso los han despreciado, no importándoles su destrucción. Esta mentalidad es, sencillamente, inmoral.

Y es que estos espacios naturales no sólo son valiosos por su belleza paisajística. Tienen el privilegio de ser las últimas muestras de lo que era el paisaje original y espontáneo de este rincón del mundo, un paisaje anterior a la llegada de nuestra civilización. Pero, sobre todo, están poblados por una gran diversidad de seres vivos de todo tipo y que tienen derecho a seguir viviendo en él. El hecho de que ellos, los seres más débiles, no puedan reclamar sus derechos nos obliga moralmente a defenderlos nosotros y a hacerlos efectivos. Si, además, ocurre que entre esas especies hay bastantes que están seriamente amenazadas por su escasez y que estos sus hábitats son ya los últimos reductos en la zona y que están en proceso de degradación, resulta imprescindible y urgente garantizar la conservación de tales extraordinarios lugares, motivo de orgullo y auténticas señas de identidad local. Por eso, clama al cielo que no estén nunca en la boca de aquellas personas (alcaldes, promotores, párrocos, etc.) cuya actitud es decisoria o influyente al respecto.

Nos encontramos, pues, en un periodo decisivo para salvar estos ecosistemas agonizantes y poder así compensar una injusticia histórica. Aunque es bien cierto que esta ha sido en parte corregida con la protección de algunos lugares -los acantilados de Maro, la desembocadura del río Guadalhorce y las dunas de Artola, tres ecosistemas diferentes repartidos entre el sector oriental, central y occidental, respectivamente-, no lo es menos que en conjunto suman una superficie mínima respecto a todo el sector costasoleño.

Por eso, habiendo todavía espacios muy valiosos necesitados de ser preservados, se hace imprescindible incluir también a estos en la Red de Espacios Naturales Protegidos de Andalucía (RENPA), mediante la acción coordinada entre la Junta y los ayuntamientos y particulares implicados. Entre estas reliquias destaco cuatro, distribuidas a lo largo de toda la costa, a saber: la desembocadura del río Vélez, la laguna de Los Prados, el alcornocal de Elviria-Lomas de Puerto Llano y la Sierra de Utrera, todas de extraordinario valor ecológico y en proceso de degradación. La necesidad de su conservación está bien contrastada por la recomendación expresa de la Universidad de Málaga y la Agenda 21 Provincial-Madeca 10.

Hasta que no sepamos renunciar a una parte de nuestros deseos urbanizadores en aras de estos enclaves no podremos hablar dignamente de medio ambiente y sostenibilidad en nuestra Costa y en la provincia, pues la preservación de este tipo de espacios son piezas clave y emblemáticas en cualquier modelo de desarrollo territorial del litoral.

Finalmente, hago la siguiente reflexión desde la perspectiva socioeconómica: En todo escaparate, la decoración que rodea a los productos expuestos influye de manera importante en su venta; es la importancia del continente, que realza al contenido y lo hace más apetitoso. En nuestra Costa, el mejor escaparate es su entorno natural auténtico y bien conservado. Tan sólo saber que está ahí ya favorece su imagen, al ofrecer gratuitamente el necesario complemento y contraste a un panorama dominado por los edificios, vías de comunicación, jardines y luces nocturnas.

Psicológicamente nos hace falta equilibrar lo artificial con lo natural, lo cual no se logra del todo con los parques y jardines, pues estos siguen siendo productos humanos y están hechos con plantas extrañas. Todo esto no es ninguna tontería y tiene una gran importancia colectiva. Y si no, preguntémosle a los turistas alemanes o ingleses, nuestros principales clientes y, en general, grandes valedores de la conservación de la vida natural.

Resulta, pues, que lo que para muchos parecen terrenos inútiles, de manera indirecta son muy beneficiosos económicamente, y no para unos pocos, sino para todos en general. Por lo tanto, si queremos mantener una imagen atractiva de nuestra costa cara a visitantes y residentes y ayudar a no matar a la gallina de los huevos de oro, necesitamos proteger estos preciosos lugares. Al final todo encaja y resulta que conservar es progresar, pues es de sentido común, de lógica... natural.